

Juan Bravo Castillo

100 CURIOSIDADES
SOBRE ESCRITORES
Y SUS OBRAS

ÓLTERA

EDICIONES

Primera edición: octubre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan Bravo Castillo

ISBN: 978-84-120799-0-6

ISBN digital: 978-84-120799-1-3

Depósito legal: M-29586-2019

Ediciones Áltera

C/Marcenado 14

28002 Madrid

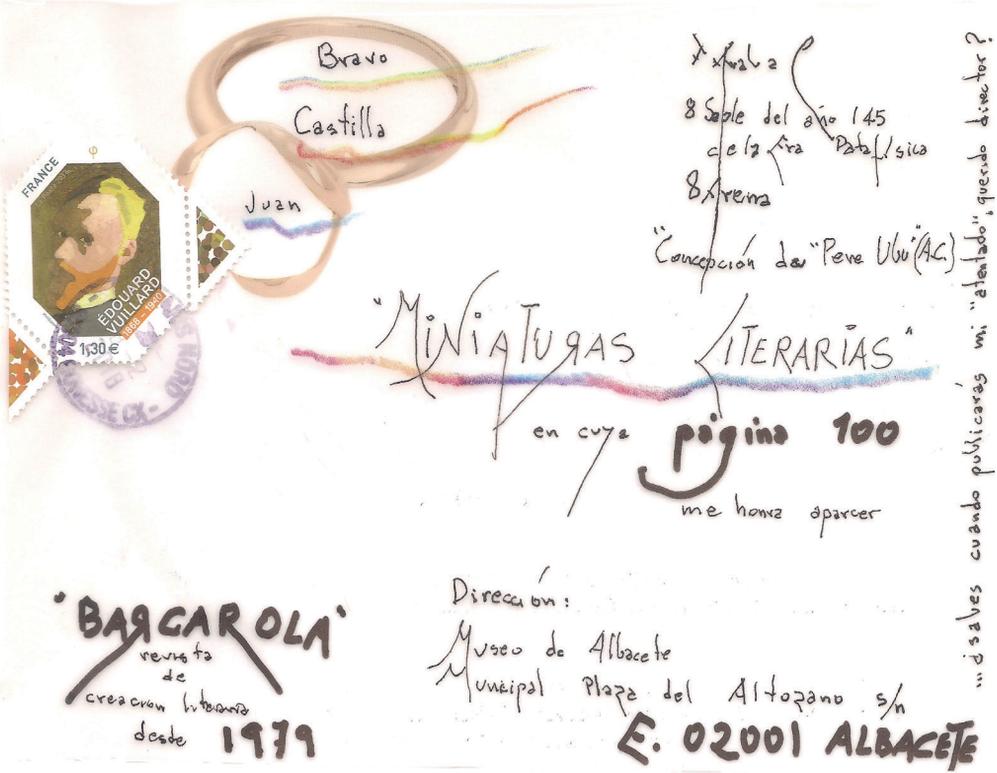
autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

*A mis alumnos,
de quienes tanto he aprendido*

PRÓLOGO ILUSTRADO
FERNANDO ARRABAL



'BARCAROLA'
revista
de
creación literaria
desde 1979

Dirección:
Museo de Albacete
Municipal Plaza del Alfozano s/n
E. 02001 ALBACETE

... ¿sabes cuando publicarás mi "atentado" querido director?

1. DANTE Y

SU EXPERIENCIA DEL AMOR



Según Dante, la experiencia que le dio una «nueva vida» la vivió cuando solamente tenía nueve años, en la primavera de 1274. En aquel momento, al ver por primera vez a Beatriz — conocida también como Bice— de nueve años de edad, «se apareció ante mis ojos la esplendorosa dama de mis pensamientos vestida con los colores más nobles, un tenue y ligero carmesí, su cintura ceñida con un cinturón y embellecida en la forma más adecuada para su tierna edad». Su pulso se aceleraba y temblaba al recordar las palabras de Homero: «No parecía la hija de un hombre mortal sino de Dios».

Nueve años pasaron antes de que volviera a encontrarse con ella, cuando ambos tenían ya dieciocho años, y tuvo la fortuna de verla entre otras mujeres, «ataviada con un vestido del más puro color blanco». Era la hora nona del día cuando «me saludó de tal forma que me pareció contemplar el terreno supremo de la felicidad». Desde entonces no dejó nunca de pensar y soñar con ella, pero ponía buen cuidado en mantener su amor en secreto. Cuando la veía en medio de un grupo, fijaba su mirada en otra mujer para que nadie pudiera detectar su pasión.

Existe otra versión según la cual el poeta sólo la habría visto una vez y ni siquiera habría hablado con ella. Otras fuentes de la

historia refieren, incluso, que la inventó por completo. Tuviera o no una existencia civil, historiadores posteriores afirman que Beatriz podría ser Bice, hija de Folco Portinari de Portico di Romagna, quien, al mudarse a Florencia, vivió en una casa cercana a la de Dante. La familia Portinari era muy rica e importante, y Folco tuvo el mérito de fundar el hospital principal del centro de la capital toscana, el Ospedale di Santa Maria Nuova.

El espacio y el tiempo de la vida de esta joven corresponden con el que Dante abarca en *La vita nuova*, de ahí que se infiera que nació en 1266. Bice, al parecer, se casó con el banquero Simone de Bari en 1287 y se cree que murió en 1290, con sólo veintitrés años de edad. El sepulcro se encontraría en la pequeña iglesia de Santa Margherita dei Cerchi, cerca del edificio que acoge el Museo *Casa di Dante*. Tras la muerte de Bice, Dante la habría bautizado como *Beatrice*, cuyo nombre significaría la *Bienaventurada* en latín, convirtiéndola en un símbolo de la fe y en guía y protectora celestial.

La muerte de su etérea Beatriz, cuya simple contemplación le había insuflado nueva vida, lo dejó desconsolado. En un primer momento, al parecer, Dante se lanzó a un desenfreno sexual con un buen número de amantes, hasta acabar contrayendo matrimonio con Gemma Donatil. Posteriormente buscó el consuelo de la filosofía en Boecio, Cicerón, San Agustín, Aristóteles y santo Tomás de Aquino, y durante dos años y medio se sumergió en las escuelas de los religiosos y las disputas de los filósofos. La declaración pública de su amor sagrado hacia Beatriz en *La vita nuova*, en torno a 1293, se produjo, por tanto, cuando ella ya había abandonado el mundo. Dicho libro, de aproximadamente la misma extensión y la misma forma que el de Boecio, podría haber llevado el título de «La consolación del amor». Pero, ¡qué amor tan debilitado!

Existe un conocido óleo sobre lienzo del prerrafaelita Henry Holiday, realizado en 1884, y que actualmente se conserva en la Walker Art Gallery. La pintura, basada en *La vita nuova*, representa un incidente en el que Beatriz, disgustada de oír los rumores según los cuales el poeta ocultaba su amor pretendiendo sentirse atraído

por otras mujeres, lo ignora y rehúsa hablar con él. La escena se desarrolla en el Puente de la Santísima Trinidad, y Beatriz, que está vestida con un atuendo blanco, camina acompañada por dos mujeres, su amiga Monna Vanna, a su lado, y su sirvienta, unos pasos atrás.

2. MICHEL DE MONTAIGNE Y SU EXPERIENCIA DE LA AMISTAD



Para los lectores francófonos, uno de los ejemplos más recurrentes de amistad entre dos hombres es sin duda el de Michel de Montaigne con Étienne de La Boétie. Su amistad se considera como una de las más profundas de la historia de su país, y eso que tan sólo se conocieron y trataron durante los cuatro últimos años de la vida del segundo, y hasta es probable que cada uno tuviera, en lo referente a la amistad, dos puntos de vista sensiblemente distintos.

A la edad de dieciocho años, La Boétie escribió un breve e intenso *Discurso sobre la servidumbre humana*, texto en el que, bajo el manto protector de los clásicos, denunciaba sin ambages la legitimidad de cualquier poder sobre el pueblo, intentando comprender los motivos de las cadenas que atan a los siervos con los amos. Cuando, en 1559, el joven Montaigne, tres años más joven que La Boétie, llegó al Parlamento de Burdeos, tuvo conocimiento de ese manuscrito y quedó sorprendido por la erudición y solidez de esta breve requisitoria contra el Absolutismo. Inmediatamente buscó el modo de conocer al brillante juez que había escrito ese texto, y muy pronto se entabló entre ellos una sincera amistad que duró seis años, de 1557 a 1563. Fue sin duda una amistad intelectual

intensa, única en un hombre tan escéptico como Montaigne: «Nos buscamos antes de conocernos», y fue posible «porque él era él y yo era yo».

Esta amistad modélica quedó interrumpida por la muerte de La Boétie, aquejado de disentería. La Boétie dejó a Montaigne legatario de sus bienes y, sobre todo, de su biblioteca (mil volúmenes). Después de su fallecimiento, Montaigne quiso continuar el diálogo con él de otra manera, ya que no era posible de viva voz; lo haría mediante la publicación del *Discurso de la servidumbre voluntaria*. Posteriormente, ese diálogo interrumpido lo movió a iniciar uno más profundo consigo mismo —tal fue el origen de sus *Ensayos*—:

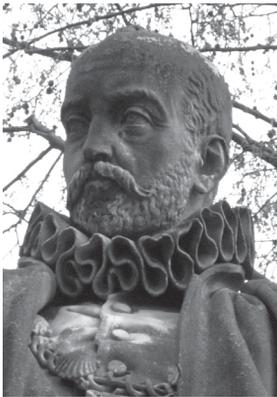
«Lo que habitualmente denominamos amigos y amistades, no son más que simples coincidencias y familiaridades entabladas por comodidad, por medio de la cual nuestras almas permanecen vinculadas entre sí. Ahora bien, en la amistad de la que yo hablo ambas se entremezclan y confunden».

«Hay, más allá de mi entendimiento y de lo que pueda decir particularmente sobre ello —escribe en sus *Ensayos*—, no sé qué fuerza inexplicable y fatal, mediadora en esta unión. Nos buscábamos antes de habernos visto y por los relatos que oíamos el uno del otro, que hacían más mella en nuestro afecto de lo que razonablemente hacen los relatos, creo que por algún designio del cielo: nos abrazábamos con nuestros nombres. Y en nuestro primer encuentro en una gran fiesta ciudadana, nos vimos tan unidos, tan conocidos, tan comprometidos el uno con el otro, que desde entonces nadie nos fue tan próximo como el uno al otro».

Una y otra vez, Montaigne describe su intensa relación con La Boétie, pero no detalla el elemento erótico. A diferencia de los griegos, escribe, «nuestras costumbres consideran, con justicia, aberrante una relación sexual». Sin embargo, en el capítulo que titula «De la amistad», y en otras secciones de sus *Ensayos*, revela sentimientos que no son habituales en la amistad entre los hombres. Durante casi cinco años, dice Montaigne, la comunicación con su *alter ego* satisfizo su necesidad de revelar su yo.

La muerte de La Boétie, que sólo tenía treinta y tres años, sin embargo, fue para él un durísimo golpe. En la pared de la entrada de su estudio mencionó su deuda para con «el más tierno, dulce y cercano compañero; no ha habido en nuestra época nadie mejor, más culto, más encantador y más perfecto».

3. MICHEL DE MONTAIGNE Y LA MEDICINA



Hasta los 45 años, Montaigne fue un hombre feliz, pero a esa edad le sobrevino el mal de la piedra, que ya había amargado la existencia de su padre, de ahí que no dudara ni un momento que se trataba de la triste herencia que éste le había transmitido. Y, de la misma forma que su progenitor, empezó a experimentar una antipatía increíble por el arte de los médicos y por los medicamentos más bien repugnantes que en aquella época usaban, confiando su curación a la medicina natural.

Su desconfianza hacia los médicos y la medicina se basa esencialmente en su convencimiento de que su ciencia es libresca y pedante. Se entiende, por tanto, la acerba crítica a que los somete a lo largo de su obra, adelantándose a la ferocidad de la sátira molieresca. «Si la medicina dice tener siempre la experiencia por base de sus operaciones —escribe—, razón asistía a Platón al sostener que entonces el médico necesitaría haber pasado por todas las enfermedades que pretende curar y por todos los accidentes y circunstancias que debe juzgar. Así, para sanar la viruela, los médicos habrían de prestarse a contraerla primero. A estos médicos me fiaría yo. Los otros hacen como quienes sentados a una mesa, y en

seguridad, pintan los mares, puertos y escollos y pasean por ellos el modelo de un navío, que no sabrían gobernar en las aguas. Describen los médicos nuestros males como describe un pregonero un caballo o perro perdido, diciendo que es de tal pelaje, talla y clase, pero sin saber conocerlo si se lo presentaran».

Uno de los argumentos más sólidos de esa desconfianza es el hecho de que no haya dos médicos que opinen igual. «No es el arte de la medicina tan absoluto que carezcamos nosotros en él de alguna autoridad —escribe al respecto—. Porque cambia según los climas y según las lunas, según Fernel y según Escalígero. Si vuestro médico no cree conveniente que durmáis, que bebáis vino o que uséis tal vianda, yo os daré otro que no sea de la misma opinión. La diversidad de los criterios médicos abarca toda clase de formas. He visto a un pobre enfermo perecer de sed para curarse, y he oído luego a un médico burlarse de tal prohibición y estimarla nociva. Recientemente ha muerto de mal de piedra un médico que con gran abstinencia había querido combatir la enfermedad, pero sus compañeros alegan que ese ayuno le secó y le hizo madurar la piedra en los riñones».

Y, finalmente, con un agudo autoanálisis confiesa su actitud ante la enfermedad en contraposición a sus opiniones: «Es el temor del dolor y de la muerte, la impaciencia del mal y una furiosa e indiscreta sed de curación lo que nos ciega, y pura cobardía es lo que nos torna tan dúctiles y manejables. La mayoría no creen en la medicina, sino que la toleran y dejan obrar, porque a menudo se les oye exclamar: “¿Qué voy a hacer si no?” Como si la impaciencia fuera mejor remedio que la paciencia. Cualquiera que se deje llevar a esa miserable sujeción se entregará igualmente a todo género de imposturas, quedando a merced del descaro de cualquiera que prometa curarle».

Esta visión pesimista de la medicina no es óbice para que, aquí y allá, muestre su respeto y admiración por determinados médicos y cirujanos ilustres, como por ejemplo, Ambroise Paré, que fue uno de sus grandes amigos. «Fuera de mi desdén por la medicina, honro a los médicos —escribe—, no porque sea de precepto hacerlo así, sino por ellos mismos, ya que muchos he conocido

que son hombres honrados y dignos de aprecio. No los censuro a ellos, sino su arte, ni tampoco les reprocho que hagan su agosto con nuestra tontería, ya que le mayoría de los hombres hacen lo mismo».

4. TERESA DE JESÚS Y EL MISTICISMO



La religiosidad de Teresa de Cepeda —tal y como nos cuenta en su *Vida*— fue una constante desde su más tierna infancia, posiblemente por influencia del ambiente devoto que imperaba en casa de sus padres. Ya con siete años, en 1522 —detalle importante—, huyó con un hermano con el propósito de ir «a tierra de moros» para alcanzar allí el martirio. Un tío suyo, Francisco Álvarez de Cepeda, frustró la fuga y devolvió a los niños a casa. Estos, al no poder sufrir el martirio, decidieron hacerse ermitaños y se construyeron ermitas en el huerto. Esta devoción le duró a Teresa hasta los doce años, edad en que cambió los libros piadosos por otro tipo de lecturas, como los libros de caballerías (parece ser que incluso llegó a escribir con un hermano suyo un libro de ese género).

Tras diversos altibajos, pero sin dejar nunca su intensa vida interior, en 1536, recién cumplidos los veintiún años, profesaba como carmelita, entregándose a las penitencias y a la oración con afán excesivo, hasta el punto que no tardó en caer enferma de un mal extraño que los médicos no supieron diagnosticar ni curar. Su padre acabó recurriendo a una curandera famosa, la de Becedas. El régimen al que la sometió la curandera fue terrible, basado en pur-

gas violentas que la deshidrataron y le causaron grandes dolores. Al cabo de tres meses de tratamiento empeoró; empezó a sufrir lo que parecían ataques al corazón; luego presentó síntomas de lo que parecía rabia. Su padre decidió llevarla de nuevo a casa, a Ávila. El día 15 de agosto cayó en coma y la dieron por muerta. No respondía a la prueba del espejo, no respiraba. Le echaron cera caliente en los párpados y la amortajaron. Transcurrieron cuatro días sin que se recuperase. Tenía la sepultura ya abierta en el convento; se iniciaron los funerales, pero su padre no se resignaba. «Esta hija no es para enterrar», dijo. Y acertó. Teresa despertó al fin, delirando, pidió confesión, comulgó. Pronto regresó al convento, pero lisiada; tres años más tarde aún no podía andar con normalidad. Atribuiría su curación a San José, al que seguiría siendo devota toda su vida.

Pronto empezaron sus visiones y, con ellas, los recelos. Fueron muchos los que atribuyeron su transformación espiritual a su carácter y, sobre todo, a su prolongada enfermedad. Dos clérigos que la trataron dictaminaron que estaba influida por el diablo. Pero, ante la desolación en que cayó, la invitaron a abrir su conciencia a un jesuita muy prestigioso, Diego de Cetina, el cual le dio ánimos; también se los dio San Francisco de Borja, que estaba de paso por la ciudad. En 1556, con el apoyo de otro jesuita, Juan de Prádanos, experimentó su «segunda conversión», su «desposorio espiritual». Tenía 41 años. Ya no necesitaría apoyos externos. «Ya no quiero que tengas conversación con hombres —le revela una voz, que es la de Dios— sino con ángeles».

Pero no acabaron ahí sus calvarios. Sus visiones seguían causando recelos. Pese a los testimonios favorables, aún seguía habiendo quien las tomara por antojos, imaginaciones vanas y tretas del diablo. Con el tiempo, los arrobamientos y visiones se multiplicaron y pronto recibió otra merced divina, la transverberación. La influencia, en 1560, de Pedro de Alcántara fue decisiva, ya que, gracias a su apoyo, Teresa se liberó de presiones. La espantosa visión del infierno que tuvo por entonces la llevó a iniciar un movimiento de renovación espiritual y de actividad fundadora que le obligó a salir

al mundo y a desplegar, ella que era una contemplativa, una actividad incesante en el mundo hasta su muerte, hecho que acaeció el 4 de octubre de 1582. El cadáver desprendía al parecer un olor celestial. Fue enterrada, precipitadamente, a las 11 de la mañana del día siguiente, entre las rejas del coro bajo. Sería desenterrada poco después, el 4 de julio del año siguiente. El cadáver seguía intacto y seguía despidiendo el mismo olor, tenía la sangre fresca, como si acabara de morir.

5. LOPE DE VEGA, ESCRITOR PROLÍFICO



Lope de Vega nació en 1562 y murió en 1635. Durante sus casi sesenta años de actividad literaria, produjo comedias con asombrosa profusión. Según el libro de Rennert, anotado por Américo Castro, su número es tan enorme que parece increíble, aunque no hubiese escrito otra cosa. Su biógrafo Juan Pérez de Montalbán, en la *Fama póstuma* (1636), cifraba el número de comedias en 1800 y el de sus autos en más de 400. De este inmenso caudal conocemos los títulos de 726 comedias y de 47 autos. Deduciendo todos los títulos dudosos y aquellos de que tenemos noticias por las listas de *El Peregrino* y los catálogos de Medel, Huerta, etc., restan unas 470 comedias en la actualidad, a las que hay que añadir las poesías líricas, épicas, novelas, obras narrativas e infinidad de poesías de circunstancias. Nada extraño que Cervantes lo llamara «monstruo de la naturaleza» y Vélez de Guevara, «prodigioso monstruo español y nuevo Tostado en verso».

El propio Montalbán nos cuenta, para justificar esta enorme cifra, varios hechos que demuestran la increíble fecundidad del maestro: «Aun la pluma no alcanzaba a su entendimiento, por ser más lo que él pensaba que lo que la mano escribía. Hacía una comedia

en dos días. Y en Toledo hizo en quince días continuados 15 jornadas, que hacen cinco comedias, y las leyó como las iba haciendo, en una casa particular donde estaba el maestro Joseph de Valdivieso». Montalbán refiere otro caso, del que él mismo fue testigo: «Hallóse en Madrid Roque de Figueroa, autor de comedias, tan falto de ellas, que estaba el corral de la Cruz cerrado, siendo por Carnestolendas; y fue tanta su diligencia, que Lope y yo nos juntamos para escribir a toda prisa, una que fue *La Tercera Orden de San Francisco*, en que Arias representó la figura del santo con la mayor verdad que jamás se ha visto. Cupo a Lope la primera jornada y a mí la segunda, que escribimos en dos días, y repartióse la tercera a ocho hojas cada uno; y por hacer mal tiempo me quedé aquella noche en su casa. Viendo, pues, yo que no podía conseguirlo me levanté a las dos de la mañana, y a las once acabé mi parte; salí a buscarle, y halléle en el jardín, muy divertido con un naranjo que se le helaba; y preguntándole cómo le había ido de versos, me respondió: “A las cinco empecé a escribir; pero ya habrá una hora que acabé la jornada; almorcé un torrezno, escribí una carta de cincuenta tercetos, y regué todo este jardín, que no me ha cansado poco”. Y sacando los papeles, me leyó las ocho hojas y los tercetos, cosa que me admirara si no conociera su abundantísimo natural y el imperio que tenía en los consonantes».

Su obra de creación, si todos estos datos son ciertos, no ha sido superada por otro autor: ni por un folletinista como Xavier de Montepin, ni por Alejandro Dumas padre, con todos los «negros» que le ayudaban; ni por Edgar Wallace, que dictaba tres novelas simultáneamente; ni siquiera por el fecundísimo Georges Simenon. Con la diferencia, además, de que su calidad siempre fue altísima pese a las lógicas desigualdades. Nada hay que aburra en la obra de Lope de Vega; incluso sus largos y espesos poemas eruditos, como *El Isidro* o *La Dragontea*, dejan de iluminarse con graciosos aciertos.

El propio Lope de Vega se jactó siempre de su extraordinaria facilidad con una ingenuidad casi infantil. Recordemos aquellos célebres versos tan repetidos de su *Égloga* a Claudio, escritos a los setenta años, en los que dice:

*... Mil quinientas fábulas admira / que lo mayor el número parece; /
verdad que desmerece / por parecer mentira, / pues más de ciento en horas
veinticuatro / pasaron de las musas al teatro. / No apruebo este furor por
admirarte. / Mas ya vimos Luquetos y Tizianos / pintar con las dos manos
/ sin ofender al arte; / que diestros puede haber cuanto presumas / como de
dos espadas, de dos plumas...*

6. ¿SHAKESPEARE

MIXTIFICADOR?



«La obra de Shakespeare no es de Shakespeare», se ha dicho, y puede replicarse a ello encogiéndose de hombros: «De acuerdo; es de otro autor que se llamaba también Shakespeare» y desdeñar por absurdas tales críticas. Su gran obra está ahí presente y ello es lo único que importa. Cada obra literaria permanece tal cual es, cualquiera que sea el nombre del autor. Sin embargo, el bloque compacto que forman esas treinta y

cuatro obras firmadas por Shakespeare adquiere una trascendencia, si las atribuimos al genio de Stratford, que no alcanzaría si fuera simple agrupamiento arbitrario de las obras de cuatro o cinco autores diferentes.

Ante todo importa la obra, pero también el hombre que figura tras ella. La tradición y la misma lógica sostienen que este hombre era hijo de un pequeño burgués arruinado, sin un gran acervo cultural al principio, y que padeció miseria y se hizo actor, componiendo obras para mantener el repertorio de un teatro y responder a la demanda de numeroso público: obras inspiradas en su prodigiosa experiencia de la vida, en sus geniales intuiciones y en su vi-

sión nueva del mundo. Parece extraño que muchos críticos, incluso inteligentes, se obstinen en movilizar todos sus recursos dialécticos para demostrar que, bajo el disfraz del plebeyo Shakespeare, se oculta en realidad un aristócrata, diríamos un literato «ortodoxo» conocedor de los usos, costumbres y tradiciones de la intelectualidad legítima, haciendo figurar como candidatos a la obra shakespeariana al conde de Derby, al conde de Oxford, a Bacon de Verulam, e incluso a Marlowe, Ben Jonson, Dekker o Green.

Abel Lefranc, que consideraba que, bajo el nombre de Shakespeare, se oculta el conde de Derby, se pone en evidencia ingenuamente desde las primeras páginas del libro en que pretende demostrarlo. Ante todo, señala una incompatibilidad impía y sacrílega entre la profundidad de la obra literaria y el hecho de que Shakespeare no tuviera otro objetivo al hacerse representar que el de ganar dinero. Y añade: «Quienes afirmaron tal cosa, ¿ignoran de qué fibras están compuestas las grandes obras humanas, los infinitos trabajos, sueños, adversidades y a menudo los sufrimientos secretos que suponen? La inmensa fortuna de un Oxford no lo impediría, pero las categorías de actor y de autor, ¿no le dejarían al margen de toda lógica?».

Como, al parecer, ciertas obras de Shakespeare, una vez compuestas por el poeta, fueron modificadas más o menos sensiblemente para ser representadas, Lefranc reacciona exclamando: «¿Puede concebirse *a priori* la verosimilitud de tales modificaciones? Imaginemos un hombre de teatro, un actor que escribe obras que sólo son representables una vez revisadas y con cambios notables: no creo que una anomalía de este género pueda ser jamás explicada; atenta demasiado contra el sentido común». Sin duda, Lefranc no pisó jamás un escenario, e ignoraba asimismo los métodos de trabajo de Molière, puesto que añade, y resulta chocante: «¿Se puede imaginar a Molière escribiendo *Le bourgeois gentilhomme* o *Les femmes savantes*, y transformando después sus obras para poder ser representadas por su compañía?». Efectivamente fue así: Molière llegó a rehacer actos enteros.

Es evidente que todo ello son pésimos argumentos, buscados como puntales de la única verdad: el humilde Pocquelin, hijo de un tapicero, no tenía derecho a convertirse en Molière, y no faltaron eruditos que intentaron atribuir sus obras a Corneille o a Luis XIV. El modesto Will, por idéntica razón, no tenía derecho a convertirse en Shakespeare, y tampoco faltaron eruditos dispuestos a desposeerle en beneficio de algún «legítimo» representante de la cultura aristocrática. Molière y Shakespeare antes que él, tomaron la Bastilla de la Literatura y supieron qué debían hacer con ella. Admitirlos y declararlos fuera de serie o negarlos contra toda evidencia, el resultado es el mismo: condenarlos como una especie de usurpadores.

7. CERVANTES

CAUTIVO



Decidido a obtener el grado de capitán, Cervantes salía, en 1575, en compañía de su fiel hermano Rodrigo, rumbo a España con cartas de recomendación de don Juan de Austria y del duque de Susa, virrey de Nápoles. El porvenir se perfilaba optimista para el veterano de Lepanto cuando, de repente, el destino puso ante él la más dura experiencia que le tocara soportar y que le marcaría definitivamente. En efecto, se hallaba la galera *Sol*, en la que viajaban a la altura de lo que hoy se conoce como la Costa Brava, cuando fue atacada por tres naves berberiscas y, tras duro combate, los españoles tuvieron que rendirse. Entre los prisioneros capturados figuraban Miguel y Rodrigo, que fueron conducidos a Argel, donde los compró como cautivos el renegado griego Alí Hamí. Parece ser que fueron precisamente las cartas que llevaba consigo Cervantes las que, paradójicamente, hicieron creer a los piratas que era una persona de elevada condición por la que se podría conseguir una buena suma de dinero.

El soldado victorioso se veía así de pronto sumido en una condición degradante y humillante: cinco años de cautiverio en medio de unas condiciones terribles, purgatorio infernal, infierno de don-

de sólo se podía salir por medio de un rescate que tardaría mucho en llegar, tanto que, Cervantes intentará cuatro veces evadirse, las cuatro en vano, porque la traición acechaba por doquier y la suerte no le era propicia. Tales intentos de fuga no dejarían además de acarrearle graves consecuencias, en vista de que, para evitar daños a sus compañeros de cautiverio, asumirá él solo la responsabilidad de los hechos, soportando, incluso, la tortura. Después de cada intento fallido, en efecto, era encerrado en la celda de castigo y por ello pasó en la prisión la mayor parte de ese tiempo. De tan duros años de existencia podemos hacernos idea gracias a determinados informes oficiales y al libro de fray Diego de Medo *Topografía e historia general de Argel* (1612), además de las dos comedias del propio Cervantes, *Los tratos de Argel* y *Los baños de Argel*, así como por la «historia del cautivo», interpolada en la primera parte del *Quijote*.

El negocio de los rescates entre España y Argel era muy activo: se llegaban a cobrar más de cinco mil ducados por los prisioneros más importantes. Se informaba a las familias del destino de los parientes —los encargados de llevar los mensajes eran ex cautivos que volvían a sus casas— y de la cantidad de dinero que tenían que reunir. Los rescates se entregaban normalmente a frailes españoles de la orden trinitaria y a los mercenarios, quienes los llevaban hasta Argel y luego volvían con el prisionero o los prisioneros liberados, transmitiendo a las familias de nuevos prisioneros las malas noticias y la esperanza.

La liberación le llegaría finalmente el 19 de septiembre de 1580, cuando ya estaban a punto de enviarlo a un presidio más severo en Constantinopla. El rescate corrió a cargo del padre trinitario fray Juan Gil, que aportó trescientos escudos reunidos pacientemente por su familia y aún tuvo que aportar otros doscientos mediante una recolecta realizada entre los mercaderes cristianos. Tres años antes, la familia había logrado reunir otra cantidad con la que redimir a uno de los hermanos, pero Miguel, generosamente, hizo marchar a Rodrigo y esperó otros tres años para su liberación. Por fin, el 24 de octubre de 1580, «el manco de Lepanto» navegada de

nuevo hacia su patria, a bordo de un galeón, que, en esta ocasión, llegó a la costa española sin ningún desagradable encuentro.

Los cinco años de cautividad pasados por Cervantes marcan la línea divisoria de su vida; aquella España heroica a la que había consagrado sus ideales y sus creencias ya no era la misma a su regreso, y bien pronto se dio cuenta de que no le iba a resultar nada fácil abrirse paso. La experiencia lograda tras doce años fuera de su patria, el sacrificio de pasar los mejores años de su vida cautivo, le iban a servir de muy poco.